

CRONICA

El algibe

Después de que la paz octaviana dejó de existir en las realidades de la vida del gran imperio fundamental latino, debió buscar sus torres de marfil donde sus amigas puedan veneraria y hallar en las quintas esencias de su espíritu amoroso molde en que vaciar las aspiraciones de su alma. Una de esas torres es, sin duda, el apacible hogar donde, en Santiago de Cuba, discurren los días adorables de la serena vida del doctor don Federico Rey, catedrático de lenguas vivas del Instituto de la hospitalaria capital de Oriente, ex-senador de la República y hombre en quien la ciencia y la bondad parecen dos montañas gemelas, tan altas y tan iguales que ni los ojos aciertan a saber hasta qué nubes de las últimas del cielo pueden llegar sus crestas, ni cuál de las dos llega más arriba en la noble tarea de escalar el cielo.

Con el doctor don Federico Rey vive un cuñado, el señor don José Fernández, Presidente de la Delegación del Centro Gallego de la Habana. Con ambos viven sus esposas. Y con todos, y con el cariño que a los hijos se tributa, una angelical niña gallega, Matilde Vázquez Fernández, nacida al pie de aquel castillo monfortino—el castillo histórico y monumental de los Condes de Lemus—que hoy parece una esfinge dormida sobre el Rano, rendida bajo el peso de sus recuerdos y sus glorias.

El doctor Rey me dijo que es el agua que en su casa se bebe la más pura y la más cristalina de las aguas. Y yo me he convencido de ello viéndola, en botellas de admirable transparencia, sobre una mesa cargada de flores aromosas y de riquísimas viandas, en torno de la cual hemos hecho revivir, en honor de mi modestísima persona, las esplendideces gastronómicas de las fiestas del sibarita Sardanápalo. Tiene el agua pura y cristalina un santuario en el hogar de esos mis cariñosísimos amigos. Y es el ara del altar donde ese cuito se practica, el clásico algibe, que ocupa la parte principal del patio.

El algibe es una institución en las viejas casas cubanas, allí en aquellas poblaciones donde el agua que suministran la administración pública ó el espíritu particular de empresa, no

ofrecen las debidas garantías a los amigos de la higiene. Un buen algibe es un tesoro en una casa. Pero costoso cuando está bien hecho, acrece de modo considerable el valor de las viviendas. Y para que suponga en los hogares algo de singular aprecio, exige en los moradores de la casa una especial dedicación que á veces tiene todas las sutilezas, el encanto y los cuidados de un complejo, verdadero y simpático culto.

El doctor don Federico Rey me ha hecho salir al patio. Allí me mostró cómo es el algibe y cómo éste funciona, confiado en la casa del doctor á las delicadas y pacienzudas manos femeninas.

El agua pluvial que cae sobre el tejado es recogida por amplia canalización metálica que vierte sobre otros caños que corren alrededor del patio. En el subsuelo de éste hay un tanque de enormes dimensiones, al cual van á parar las aguas de la lluvia. Y éstas quedan aprisionadas allá abajo, entre paredes y bóvedas gruesas y bien pulimentadas, donde no crece vegetación nociva ni ser viviente alguno halla alimentación que le haga posible la existencia.

Llénase el algibe durante los días de fuertes lluvias insistentes, durante esos grises días tormentosos en que las nubes lloran sus eternas tristezas sobre los tejados de las urbes. Déjase entonces que corra el agua durante varias horas sin acceder al sagrado recinto del algibe. Y sólo cuando se juzga que ha barrido cuanto sobre tejados y á lo largo de los canales puede ser extraño al líquido elemento, se abre la compuerta que pone el beso puro y cristalino de las nubes en contacto con las claras linfas que se condensan debajo de las flores que alegran el piso del patio, pulcro y enladrillado.

Cuando se ha recogido agua suficiente, ciérrase la comunicación con las canales y se deja que el líquido corra, como antes, hacia las conducciones de la calle ó hacia el campo. La operación ha terminado, y el agua aprisionada queda allí en su obscura y fresca celda de granito, dispuesta á satisfacer las exigencias de los más delicados sibaritas.

En el hogar del doctor Rey recóge-se el agua del algibe, cuando quiere llevarse á la mesa, en reluciente cubo metálico. Pásase después á través de la piedra de filtro. Y de allí se traa á transparentes y elegantísima bo-

2

tellas, que son colocadas entre hielo, sin que éste se ponga en contacto directo con el líquido y destruya la obra de purificación á costa de tales esfuerzos realizada.

Mientras el doctor Rey y de José Fernández me ofrecen, para completar de modo práctico el estudio del algibe, una copa del líquido paris-

mo, allá en el interior de la casa suena una música magnífica. Está delante del piano la angelical Matilde Vázquez—la delicada monfortina—y es la música la tierna de la "Alborada" de Veiga. También en mi honor es ejecutada, y en tanto que la copa tiembla en mis manos sujetas á las vibraciones de mi alma embelesada, suena la "Alborada" como un alegre caer, sobre las linfas de la fuente, de aquellas otras aguas de roca, frías como el hielo y transparentes como el aire, que cría en su seno de roca la fecunda montaña de Galicia.

Levanto entonces la copa en alto y, antes de beber, canto mis admiraciones á la gentil artista monfortina y mis amores á la tierra de adoración sobre la cual ella y yo hemos nacido.

Quantánamo, Febrero 1912.

JAIME SOLÁ.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA UCHILE